



Detalles sobre la publicación, incluyendo instrucciones para autores e información para los usuarios en: <http://espacialidades.cua.uam.mx>

**Allen J. Scott y Michael Storper**  
**La naturaleza de las ciudades: el alcance y los límites de la teoría urbana**  
pp. 5-33

**Fecha de publicación en línea: Julio de 2013**

**Para ligar este artículo:** <http://espacialidades.cua.uam.mx>

© Allen J. Scott y Michale Storper (2013). Publicado en espacialidades. Todos los derechos reservados. Permisos y comentarios, por favor escribir al correo electrónico: [revista.espacialidades@correo.cua.uam.mx](mailto:revista.espacialidades@correo.cua.uam.mx)

**Espacialidades, Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura.** Volumen 3, No.2, julio-diciembre de 2013, es una publicación semestral de la Universidad Autónoma Metropolitana, a través de la Unidad Cuajimalpa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Ciencias Sociales. Prolongación Canal de Miramontes 3855, Col. Ex-Hacienda San Juan de Dios, Delegación Tlalpan, C.P. 14387, México, D.F. y Baja California 200, Col. Roma Sur, Delegación Cuauhtémoc, México, D.F., C.P. 06760. Página electrónica de la revista: <http://espacialidades.cua.uam.mx/> y dirección electrónica: [revista.espacialidades@correo.cua.uam.mx](mailto:revista.espacialidades@correo.cua.uam.mx). Editora responsable: Esperanza Palma. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título número 04-2011- 061610480800-203, ISSN: 2007-560X, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Gilberto Morales Arroyo, Manz. 1, Edif. 9, Depto. 502, Hogares de Atizapán, Atizapán de Zaragoza, Estado de México, C.P. 52910; fecha de última modificación: 30 de julio de 2013. Tamaño de archivo 564 MB.

*Espacialidades, Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura* tiene como propósito constituirse en un foro de discusión académica que aborde la compleja, contradictoria y multicausal relación entre el espacio y la vida social. *Espacialidades* se inscribe en el debate académico internacional sobre el giro espacial en las ciencias sociales e invita al análisis de diversas prácticas sociales y formas de organización y acción política desde una perspectiva multidisciplinaria que ponga énfasis en las diferentes escalas territoriales. Los textos publicados incorporan métodos y problemas tratados desde la sociología, la ciencia política, la economía, los estudios urbanos, la geografía, los estudios culturales, la antropología, la literatura, el psicoanálisis y el feminismo, entre otros. La revista cuenta con una sección de artículos novedosos e inéditos de investigación teórica, empírica y aplicada y de reflexión metodológica sobre temas tan diversos como la justicia espacial, la democracia, la representación y la participación, la globalización, el multiculturalismo y las identidades, el género, la construcción de formas de representación y participación, los conflictos socioterritoriales, la gobernanza, el medio ambiente, la movilidad poblacional, el desarrollo regional y el espacio urbano. Cuenta también con un apartado de reseñas de libros relacionados con la dimensión espacial de los procesos sociales, políticos y económicos.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del comité editorial.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa.

#### Directorio

**RECTOR GENERAL:** Dr. Salvador Vega y León  
**SECRETARIO GENERAL:** Mtro. Norberto Manjarrez Álvarez

#### Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa

**RECTOR:** Dr. Eduardo Abel Peñalosa Castro  
**SECRETARIO DE UNIDAD:** Mtro. Gerardo Quiroz Vieyra

#### División de Ciencias Sociales y Humanidades

**DIRECTOR:** Dr. Rodolfo Suárez Molnar  
**JEFE DE DEPARTAMENTO:** Dr. Alejandro Mercado Celis

#### Revista Espacialidades

**DIRECTORA:** Dra. Esperanza Palma  
**ASISTENTE EDITORIAL:** Mtra. Pilar Velázquez Lacoste  
**ADMINISTRACIÓN DEL SITIO WEB:** Gerardo Romero Niño y Gilberto Morales Arroyo  
**EDICIÓN TEXTUAL Y CORRECCIÓN DE ESTILO:** Hugo Espinoza Rubio  
**DISEÑO GRÁFICO:** Jimena de Gortari Ludlow  
**FOTOGRAFÍA DE LA PORTADA:** Jorge Montejano Escamilla  
Maison de la Indie, Cite Universitaire, París, 2007

**COMITÉ EDITORIAL:** Dra. Graciela Martínez-Zalce (UNAM), Dr. Enrique Gallegos (UAM-C), Dra. María Moreno (UAM-C), Dr. Georg Leidenberger (UAM-C), Dra. Rocío Rosales Ortega (UAM-I), Dr. Enrique R. Silva (Universidad de Boston), Claudia Cavallin, (Universidad Simón Bolívar, Venezuela), Dra. Estela Serret Bravo (UAM-A), Dr. Víctor Alarcón (UAM-I), Dra. María de Lourdes Amaya Ventura (UAM-C).

**COMITÉ CIENTÍFICO:** Dr. Tito Alegría (Colegio de la Frontera Norte), Dra. Miriam Alfie (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa), Dr. Mario Casanueva (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa), Dra. Claudia Cavallin (Universidad Simón Bolívar, Venezuela), Dr. Humberto Cavallin (Universidad de Puerto Rico), Dra. Flavia Freidenberg (Universidad de Salamanca, España), Dra. Clara Irazábal (Columbia University, Estados Unidos), Dr. Jorge Lanzaro (Universidad de la República, Uruguay), Dr. Jacques Lévy (École Polytechnique Fédérale de Lausanne, Francia), Scott Mainwaring (University of Notre Dame, Estados Unidos), Miguel Marinas Herrera (Universidad Complutense, España), Edward Soja (University of California, Estados Unidos), Michael Storper (London School of Economics, Reino Unido).

## La naturaleza de las ciudades: el alcance y los límites de la teoría urbana\*

ALLEN J. SCOTT\*\*  
MICHAEL STORPER\*\*\*

### Resumen

En décadas recientes ha habido un debate creciente sobre la amplitud y la esencia de la teoría urbana. Este debate ha estado marcado por muchas afirmaciones diversas sobre la naturaleza de las ciudades, incluyendo declaraciones de que lo urbano es un concepto incoherente, que la sociedad urbana no es nada más que la sociedad moderna como un todo o, más recientemente, que hasta ahora la teoría urbana ha estado profundamente viciada debido a su enfoque casi exclusivo en las ciudades del Norte global. Nuestro objetivo en este artículo es ofrecer algunos puntos para aclarar este debate. Argumentamos que todas las ciudades pueden entenderse en términos de dos procesos: las dinámicas de aglomeración/polarización y el desarrollo de un nexo entre lugares, usos de suelo y las interacciones humanas con que están asociadas. Afirmamos que estos procesos constituyen la naturaleza esencial de las ciudades. A partir de esta base proponemos criterios para distinguir específicamente e intrínsecamente el fenómeno urbano del resto de la realidad social. Nuestra discusión también pretende identificar las dimensiones comunes a todas las ciudades sin, por un lado, exagerar los alcances de la teoría urbana y, por el otro, afirmar que cada ciudad en lo particular es un caso especial e irreductible.

**Palabras clave:** urbanización, nexo del suelo urbano, teoría urbana, historia urbana, economía urbana, aglomeración.

### Abstract

There has been a growing debate in recent decades about the range and substance of urban theory. This debate has been marked by many different claims about the nature of cities, including declarations that the urban is an incoherent concept, that urban society is nothing less than modern society as a whole, or more recently, that urban theory hitherto has been deeply vitiated by its almost exclusive concentration on the cities of the Global North. Our goal in this paper is to offer some points of clarification of this debate. We argue that all cities can be understood in terms of two processes, namely, the dynamics of agglomeration/polarization, and the unfolding of an associated nexus of locations, land uses and human interactions. We claim that these processes constitute the essential nature of cities. On these bases, we put forth criteria to distinguish specifically and intrinsically urban phenomenon from the rest of social reality. Our discussion also seeks to identify the common dimensions of all cities without, on the

---

\* El artículo fue escrito originalmente en inglés y la traducción al español la realizó Guillén Torres.

\*\* Profesor investigador distinguido, UCLA. Correo electrónico: ajscott@geog.ucla.edu

\*\*\* Profesor de Geografía Económica, London School of Economics; profesor de Desarrollo Regional e Internacional, UCLA, y profesor de Sociología Económica, Sciences Po, París. Correo electrónico: storper@ucla.edu

one hand, exaggerating the scope of urban theory, or on the other hand, asserting that every individual city is an irreducible special case.

**KEY WORDS:** urbanization, urban land nexus, urban theory, urban history, urban economy, agglomeration.

Fecha de recepción: 29/01/2013

Fecha de aceptación: 07/06/2013

Ne pas essayer trop vite de trouver une définition de la ville; c'est beaucoup trop gros, on a toutes les chances de se tromper.

(No seas demasiado impetuoso al tratar de definir la ciudad; es demasiado grande, y es altamente probable que te equivoques.)

GEORGES PEREC (1974: 119)

## Un concepto disputado

El epígrafe de Perec rememora una visión muy difundida: la de que las ciudades son tan grandes, tan complicadas y tan carentes de fronteras claramente identificables, que cualquier intento de definir sus características esenciales está condenado al fracaso. El mismo problema obsesiona a los estudios urbanos en general, dentro de los cuales una plétora de afirmaciones sobre la naturaleza de las ciudades compiten por atención. A pesar de esta confusión, la mayoría de nosotros tiene pocas dudas en aceptar la idea de que, hoy en día, las ciudades crecen rápidamente alrededor del mundo o que la urbanización avanza con más ímpetu que en cualquier otra época en la historia de la humanidad. Ciertamente, la urbanización es una característica tan prominente de nuestro mundo, que las agendas académicas orientadas hacia este problema continúan proliferando, incluso mientras se multiplican los desacuerdos en

torno a cómo es exactamente que las ciudades han de conceptualizarse y estudiarse.

Durante las primeras décadas, y hasta la mitad del siglo XX, una especie de ortodoxia incómoda dominó en el análisis urbano, centrada en el trabajo de la sociología urbana de la Escuela de Chicago, ejemplificada por las propuestas clásicas de académicos como Park, Burgess y McKenzie (1925), Wirth (1938) y Zorbaugh (1929). A finales de los sesenta, sin embargo, las ideas de esta escuela de pensamiento, que habían sido extensamente aclamadas hasta ese momento, comenzaron a someterse al creciente escrutinio crítico, especialmente por Castells (1968), quien sugirió que no hay nada especialmente urbano acerca de las cuestiones estudiadas bajo la bandera de la sociología urbana, debido a que, a fin de cuentas, son simplemente cuestiones sobre la sociedad en general. Posteriormente, Castells (1972) desestimó, *tout court*, el trabajo de la Escuela de Chicago, considerándola una ideología que ofusca la naturaleza mucho más fundamental del capitalismo, como un marco de organización social. Un eco de los argumentos de Castells se halla en el trabajo posterior de Saunders (1981), quien

sugiere que la ciudad no es por sí misma un objeto significativo de análisis, sino únicamente un contenedor geográfico arbitrario de diversos fenómenos económicos, sociales y políticos. A principios de los setenta, las trazas principales de la Escuela de Chicago las erradicaba una poderosa corriente de enfoques marxistas y *marxizantes*, de los cuales Castells no fue el único pionero, sino también académicos como Harvey (1973) y Lefebvre (1970). Estos enfoques, por su parte, marcaron el comienzo —por la falta de alternativas, más que por diseño— de un conjunto de propuestas y contrapropuestas, en constante crecimiento, sobre la naturaleza de la realidad urbana. A finales de los noventa, en muchos programas de investigación, existía un conjunto de conceptos diversificados de la ciudad, representados en parte por consignas como las de ciudades posmodernas, ciudades globales, ciudades insurgentes, ciudades como máquinas de entretenimiento, la ciudad creativa, la ciudad prisión, la ciudad neoliberal, la ciudad fragmentada, la ciudad dual y la ciudad ordinaria, de una variedad y especificidad como las que propusieron Amin y Graham (1997). También ha habido, recientemente, un reiterado intento por

resucitar el énfasis que la Escuela de Chicago puso en los efectos de vecindad y ecología urbana, como la esencia de lo urbano y la base de un concepto general de la ciudad (Sampson, 2012).

Dos temas han cobrado particular relevancia en los debates geográficos acerca de las ciudades durante la última década: por un lado, existe un renovado escepticismo en torno a la idea de que la ciudad representa un fenómeno socioespacial distintivo. Esta postura se identifica en el trabajo de Amin y Thrift, quienes sostienen que la ciudad “no es un lugar de vínculos próximos significativos” (2002: 27), y aseveran —erróneamente, como sostendremos más adelante— que no hay efectos económicos y sociales específicos que fluyan desde la “aglomeración, densidad, proximidad” (ibíd.: 53).

Por otro lado, también se ha vuelto relevante en los estudios urbanos una vertiente de crítica poscolonial, representada por Robinson (2006) y Roy (2011a), quienes argumentan que la mayoría de la teoría urbana actual, cuyas raíces descansan abrumadoramente en el norte global, adolece de provincialismo intelectual, y que, por lo tanto, está condenada al fracaso como descripción de

los procesos de urbanización no sólo en el sur global, sino en el mundo en general.

En algunos casos, estos estilos emergentes de análisis urbano están marcados por lo que hemos intentado etiquetar (peyorativamente) como un “nuevo empiricismo urbano”, el cual tiende a tratar a la ciudad como un fenómeno irreductiblemente idiosincrático. Aquí nos referimos sobre todo a metodologías como el comparativismo, los enfoques del actor-red y la teoría del ensamblaje (“assemblege theory”), los cuales sostienen un sentido de singularidad radical de las ciudades individuales (véanse Farías y Bender, eds., 2010; McFarlane, 2010; Rankin, 2011; Robinson, 2004; Sassen, 2008).

Nuestra intención en este artículo no es evaluar detalladamente todas estas construcciones conceptuales; tampoco negar que las ciudades exhiben considerables variaciones empíricas a través del tiempo y el espacio. Más bien nos interesa mostrar cómo se identifica la base de una idea general de lo urbano, y cómo ésta profundiza en la investigación teórica de las ciudades en el futuro, al proveer una guía sobre cómo diferenciar la lógica interna de los procesos de urbanización de otros procesos sociales.

Así, sugerimos que nuestras investigaciones también contribuyen a iluminar, antes que oscurecer, las idiosincrasias de las ciudades y grupos de ciudades particulares. Por esa misma razón, aseveramos que no todos los fenómenos económicos, sociales y políticos que acontecen en las ciudades son intrínseca o necesariamente parte del proceso de urbanización, estrictamente hablando (explicación que se verá después). Mucha de la cacofonía en la literatura de los estudios urbanos se rastrea, parcialmente, en el fracaso de los investigadores por ser claros en relación con estos puntos.

### **Orígenes históricos de las ciudades**

Todas las ciudades son densas aglomeraciones de personas y actividades económicas, aunque hay fuertes ambigüedades respecto del límite mínimo que debería establecerse en relación con su tamaño. Pero reconocer la densidad y la aglomeración como características generalizadas de las ciudades no nos lleva muy lejos para explicar el proceso de urbanización o resolver las controversias que ya se identificaron antes. Las ciudades también contienen, típicamente, una

enorme diversidad de fenómenos empíricos. En principio, entonces, cualquier teoría urbana propuesta se enfrenta al desafío de cómo tratar un conjunto complejo de similitudes y diferencias. ¿Podemos agrupar todas las ciudades como fenómenos comunes?, ¿o debemos dividir las en varias clases diferentes e inconmensurables y, en un caso extremo, tantas clases como ciudades particulares haya? Nuestras respuestas a estos cuestionamientos se desarrollarán en las siguientes secciones de este trabajo. El paso inicial es establecer algunas características de la urbanización a través del tiempo y en todo el mundo, ya que parecen estar abiertas a la posibilidad de una primera ronda de generalización.

Las ciudades emergen históricamente sólo donde se produce un excedente agrícola. Cuando las áreas rurales generan un exceso de producción, por encima de las necesidades de subsistencia de los productores, surge una cohorte de consumidores no agrícolas. En muchas circunstancias, los miembros de esta cohorte, quienes frecuentemente tienen alguna combinación de poder político, militar, religioso o económico, se concentrarán en un espacio geográfico (Childe, 1950; Pirenne, 1952; Braudel,

1995; Bairoch, 1988). Incluso en las ciudades más tempranas se encontraba la aglomeración de actividades: la administración política, el culto religioso y ceremonial, la producción de artesanías (por ejemplo, bienes de lujo o herramientas militares), así como el intercambio mercantil. Tales aglomeraciones surgieron, en parte, porque estas actividades están organizadas en torno a divisiones del trabajo que implican transacciones complejas y costosas, y en parte porque producen ciertas sinergias cuando quienes participan en dichas transacciones se *clusterizan*, es decir, se conglomeran, en el espacio geográfico. Al mismo tiempo que el excedente agrícola aumenta, el segmento urbano de la sociedad se acrecienta y también se sofisticada, debido a la presencia, cada vez más elaborada, de burocracias administrativas, instituciones ceremoniales y religiosas, redes de artesanos y comerciantes, etc. Varios tipos de infraestructura contribuyen a consolidar el proceso dinámico de aglomeración resultante.

En el Paleolítico (hasta casi el 10,000 a.C.), no había un excedente sostenido de alimentos en el mundo, y los *homo sapiens* vivían al día en asentamientos dispersos o nomádicos.

Empero, hacia el Neolítico, desde el 8,000-4,000 a.C., el Cuarto Creciente se había llenado de aldeas (de casi cinco mil residentes); y había emergido un centro distintivamente urbano, Jericó, con una población aproximada de veinticinco mil personas. Hacia el 3,500 a.C. empezaron a crecer los excedentes agrícolas y, por ende, se formaron muchas otras grandes ciudades en el área, desde Mesopotamia hasta la costa del Mediterráneo y Egipto, así como en India. Childe (1950) caracteriza estas ciudades tempranas como densos asentamientos permanentes que contenían especialistas no agrícolas, involucraban procesos de acumulación de riqueza, exhibían edificios públicos monumentales y estaban marcados por relaciones de clase. Las oleadas de urbanización que exhiben estas características incluyen las ciudades micénicas y minóicas de la antigua Grecia, hacia el 2,000 a.C.; China a lo largo del Huang He (o Río Amarillo), en el periodo 2,000-1,500 a.C.; la antigua Roma hacia el 700 a.C., y las ciudades de Mesoamérica hacia el 2,000 a.C.

Complementando estos cambios, hubo avances en las tecnologías del transporte para movilizar personas y bienes. Ciertamente, desde sus más

tempranos inicios, las ciudades han funcionado como nodos dentro de los sistemas de comercio a larga distancia, como lo ejemplifica Roma en el tiempo de Augusto, con su población de más de un millón de personas (Ward-Perkins, 2005). Sumado a esto, desde sus inicios, las actividades de intercambio entre ciudades frecuentemente resultaron en una marcada especialización económica de centros urbanos particulares (McCormick, 2001).

Aunque la urbanización consiguió impresionantes avances en varias regiones del mundo durante los cinco mil años previos al 1,500, el crecimiento urbano estaba aún sujeto a severas limitantes de manera generalizada. Incluso en las áreas donde la urbanización era relativamente robusta, no avanzó continua y linealmente, debido a que la mayoría de las ciudades cayeron en una trampa maltusiana, como consecuencia de que excedentes agrícolas inciertos derivaron en niveles de población volátiles. Sin embargo, durante la era de exploración europea (en los siglos XVI y XVII), algunas de estas limitaciones comenzaron a reducirse (Mann, 2011). Los costos del comercio a larga distancia comenzaron a disminuir marcadamente, lo cual permitió el surgimiento de

interconexiones más estrechas entre centros urbanos muy distantes.

En consecuencia, tal y como en el proceso de globalización actual, las ciudades cada vez se especializaron más en términos económicos. Sin embargo, a pesar de estos avances, no fue sino hasta en algún momento de las últimas décadas del siglo XVIII, principalmente en Europa occidental, cuando la trampa malthusiana empezó a perder importancia de manera decisiva. La clave para superarla fue un crecimiento sin precedentes en los niveles de productividad económica, detonado por la Revolución industrial (Maddison, 2001, Bourguignon y Morrison, 2002). Esto no sólo volvió posible la producción de bienes manufacturados en cantidades y variedades hasta ese momento nunca vistas, sino que también permitió sortear las limitaciones y caprichos de la agricultura a través de la mecanización. La Revolución industrial dio paso a la era moderna, durante la cual la urbanización comenzó a extenderse.

Así, mientras la industrialización avanzó en los países capitalistas más desarrollados en el siglo XIX, también estimuló rondas sucesivas de crecimiento económico y urbano que culminaron en las grandes ciudades de los cinturones

manufactureros de Estados Unidos y Europa occidental. El XIX también fue un siglo que atestiguó el crecimiento de centros de aduanas (*entrepôt*), de procesamiento de recursos, administrativos y de comercio en Asia, América Latina y partes de África, frecuentemente bajo el influjo de los gobiernos coloniales. Después, particularmente hacia la primera mitad del siglo XX, ciertas ciudades en desarrollo de todo el mundo se expandieron, a raíz de los programas de industrialización orientados a los mercados nacionales bajo estrategias de desarrollo impulsadas por el gobierno.

Las ciudades manufactureras continuaron creciendo en los países desarrollados durante el siglo XX, pero, a partir de los setenta, muchos de éstos se desindustrializaron, al tiempo que el sector manufacturero se descentralizó a un ritmo acelerado hacia regiones periféricas (como el Cinturón del Sol estadounidense) y a los países en desarrollo. Después de un breve periodo transicional de escaso crecimiento en los países desarrollados durante los años setenta y ochenta, éstos experimentaron de nuevo un acendrado resurgimiento del proceso de urbanización.

Las ciudades se encontraron a sí mismas cada vez más en el centro de la

nueva economía, caracterizada por un giro decisivo, desde la manufactura, hacia varios tipos de ocupaciones y sectores de alta tecnología, administración, logística, servicios, diseño y cultura. La globalización continua y el surgimiento de una nueva división internacional del trabajo, a partir de los años ochenta, también promovió una ola más intensa de urbanización en los países en desarrollo, donde muchas ciudades ahora funcionan como importantes productores de exportaciones manufactureras (McKinsey Corp., 2010). En algunos casos, ciudades en los alguna vez países del tercer mundo (especialmente las muy grandes, como Hong Kong, Seúl, Shanghai, Singapur, ciudad de México y São Paulo) también han empezado a participar activamente en la nueva economía (Scott, 2011).

En los dos últimos siglos, por lo tanto, la población y la urbanización mundiales han crecido continuamente, a una tasa más alta que en ningún otro momento de la historia. En la era contemporánea, la urbanización ha alcanzado nuevos niveles de desarrollo, tanto en las partes más económicamente avanzadas del mundo, así como en muchas de las menos desarrolladas. Actualmente, una alta proporción de la

humanidad está más urbanizada que nunca antes, particularmente porque se ha roto decisivamente con la trampa maltusiana, a raíz del crecimiento de las capacidades productivas de la industrialización dentro del contexto del capitalismo. El punto crítico para nuestros propósitos es, sin embargo, que a través del curso de la historia, la urbanización ha sido generada por una interacción compleja, pero persistente, entre el desarrollo económico, la división del trabajo, la aglomeración, la especialización y el comercio.

Más generalmente, diremos que, ciertamente, en la era moderna, la más básica *raison d'être* de las ciudades reside en su papel como centro de producción e intercambio económico dentro de un sistema más amplio de comercio regional, nacional e internacional. Las ciudades son siempre mucho más que esto, por supuesto, porque también están marcadas por características sociales, políticas y culturales adicionales, muchas de las cuales influyen sobre la forma precisa en que se da la producción y el intercambio. Una vez señalado esto, solamente mediante un análisis que comience con la compleja dinámica espacial de la actividad económica, daremos cuenta de las dinámicas comunes de la aglomeración

situadas en el corazón de los procesos de urbanización a lo largo del panorama mundial.

### *Producción, comercio y urbanización*

Los crecientes niveles de desarrollo económico en cualquier país tienen fuertes impactos causales en el crecimiento urbano, a través de los procesos de aglomeración y especialización. Este vínculo se manifiesta en una consistente relación positiva entre las tasas nacionales de urbanización (como el porcentaje de la población total considerada urbana). Sin embargo, aquí también se halla en funcionamiento una relación inversa, es decir, el hecho de que las ciudades constituyen la base más importante para el crecimiento sostenido (World Bank, 2009; Henderson, 2010). Por lo tanto, el desarrollo económico y la urbanización deberían entenderse propiamente como dos procesos entrelazados en una relación recursiva a través del tiempo.

Durante las últimas tres décadas, los geógrafos económicos y los economistas espaciales han mejorado enormemente nuestro entendimiento de los procesos de aglomeración que son causa (y en parte intermediarios) de esta dinámica recursiva

(Fujita y Thisse, 2002; Scott, 1988; Storper, 1997). El núcleo de esta investigación gira en torno a los efectos interdependientes de los costos de transacción y las sinergias localizadas o las economías de aglomeración. El costo de transacción por unidad de distancia tiende a ser particularmente alto cuando los encadenamientos productivos están altamente fragmentados, son inestables o impredecibles, e involucran una intensa interacción humana, por ejemplo, en los sistemas de producción (como en las relaciones comprador-proveedor) y en mercados laborales locales (como en los procesos de contratación y el trabajo orientado a proyectos).

Las empresas e individuos atrapados en las redes de esos eslabones tienen, por lo tanto, fuertes incentivos para gravitar en términos locacionales unos en torno a otros. Éstos son precisamente los tipos de vinculaciones que proliferan en áreas urbanas y que dan cuenta, en parte, del carácter denso y compacto del espacio urbano (Scott, 1988).

La aglomeración tiende a tener un carácter acumulativo, debido a las variadas ventajas de la diversidad de tamaño (escala) y diversidad interna. Así, al mismo tiempo que se incrementa la escala y la

diversidad de la aglomeración, también se incrementan las posibilidades de que surjan interconexiones locales, permitiendo de esta manera a los productores obtener acceso a un rango más amplio de proveedores especializados a un costo más bajo y a una mayor velocidad. De la misma manera, ahí donde existen grandes conjuntos de firmas y trabajadores, la adecuación de las habilidades de los individuos a los requerimientos laborales puede alcanzarse más eficientemente.

La aglomeración también facilita el aprendizaje y la innovación, porque los altos niveles de densidad y diversidad de funciones que están asociados intensifican el intercambio de saberes formales e informales, además de estimular la emulación creativa. Todas estas fuentes de aglomeración —que se resumen en los términos expresados por Duranton y Puga (2004) como mecanismos para compartir, adecuar y aprender— están típicamente complementados por diversas infraestructuras e instituciones físicas. De esta forma, las proximidades y el conjunto de recursos comunes de la ciudad incrementan los niveles de productividad y permiten una adaptación continua de la economía local a condiciones competitivas cambiantes.

Además, cabe señalar, una vez más, que las funciones económicas de las ciudades son conformadas por el comercio externo. Las ciudades no se desarrollan y crecen únicamente sobre la base de sus transacciones internas; también son conformadas por las decisiones de localización a través del espacio geográfico. El comercio permite a las ciudades especializarse e intercambiar su propia producción por la producción especializada de otros lugares. La viabilidad económica de las ciudades y el crecimiento del comercio a larga distancia son fenómenos complementarios que se refuerzan mutuamente. La dinámica básica de la polarización espacial del capital y el trabajo, combinada con el arreglo interregional y la especialización locacional derivan en sistemas de ciudades especializadas pero interconectadas, a varias escalas de resolución, desde lo nacional hasta lo global (Henderson y Venables, 2009; Black y Henderson, 2003).

Este análisis resalta la característica clave del génesis urbano, independientemente del tiempo y del lugar: la primacía del papel productivo de la ciudad (donde la noción de producción refiere predominantemente a bienes económicos y servicios, pero para los fines

de este trabajo también se entiende que incluye funciones como la administración política, defensa o actividades culturales). En primera instancia, las ciudades surgen porque son capaces de movilizar excedentes para generar producción sobre la base de relaciones espacialmente concentradas, como ya se describió antes, y crecen (o declinan) por medio de la consolidación (o desenvolvimiento) de estas relaciones. Estas observaciones contradicen la aseveración de Amin y Thrift en el sentido de que la aglomeración, la densidad y la proximidad no son algo significativo. Esas dimensiones de la realidad urbana son, de hecho, características fundamentales y definitorias de las ciudades en todas partes, incluso en un mundo donde las ciudades están cada vez más interconectadas. Estas observaciones generan otra pregunta polémica, pues, si lo urbano está tan cercanamente atado al fenómeno específicamente geográfico de la aglomeración y el nexos del suelo urbano, entonces ¿se encuentran los límites espaciales de la ciudad? Como hemos destacado, desde tiempos antiguos, las ciudades han funcionado como sistemas abiertos de interacciones locales densas, imbricadas en complejas interacciones a

larga distancia entre personas, bienes e información, y esto es aún más vigente en la actualidad.

En vista de esta aclaración, no puede haber una definición precisa de las fronteras espaciales de las ciudades, o, para decirlo de otro modo, la ciudad representa una escala específica de relaciones espaciales dentro de la más amplia economía-espacial, de igual manera que una montaña es una forma particular dentro de una formación topográfica más amplia. Ni en el caso de la ciudad ni en el de la montaña se dibuja una línea definida que les separe de su contexto más amplio, pero en ambos casos ciertas diferencias de grado e intensidad vuelven razonable tratar cada una como entidades individualizables.

En el caso de lo urbano, estos componentes especiales de grado e intensidad giran en torno a la ciudad como un sistema de actividades espacialmente concentrado, estructurado en relación con los ritmos diarios y semanales de trabajo y vida. Más aún, incluso en el caso extremo (e hipotético) en que el sistema de actividades interno de la ciudad es sobrepasado por sus relaciones externas, no habría razón para asumir, como la mayoría de los analistas hace, que este estado de cosas señala la debacle de lo

urbano como tal. La especificidad de lo urbano depende no tanto de la simple proporción de transacciones internas a externas, sino de las cualidades contrastantes de estos dos conjuntos de transacciones y sus efectos locacionales. Como se indicó antes, las transacciones intraurbanas son usualmente bastante diferentes de las transacciones a larga distancia, en el sentido de que están marcadas por altos costos por unidad de distancia, como consecuencia de su tamaño relativamente menor, su frecuencia temporal y espacial irregular, así como su denso contenido de información (de ahí la frecuente necesidad de contacto cara a cara), y estas transacciones son uno de los pilares de la aglomeración urbana (Storper y Venables, 2004; Scott, 2001).

En cualquier caso, incluso mientras la globalización se intensifica, existe mucha evidencia empírica que permite sugerir que la escala urbana de la interacción permanece extremadamente vibrante, de hecho, cada vez en una mayor medida (Duranton y Storper, 2008). En su análisis de la urbanización de América en el siglo XVIII, Pred (1973) ya había señalado la tendencia de las transacciones locales a expandirse, junto con el crecimiento del comercio a larga distancia. Hummels

(2008) ha señalado que la vasta mayoría del comercio en la actualidad ocurre dentro de un ámbito puramente local, y otros análisis como los de Charlot y Duranton (2006), Reades (2010), y Storper y Venables (2004), muestran que las interacciones locales cara a cara y los viajes de negocios de larga distancia aumentan complementariamente. De manera similar, las interacciones científicas localizadas crecen a la par de los intercambios científicos y de conocimientos a larga distancia (Zucker y Darby, 2006; Sonn y Storper, 2008). Más aún, el surgimiento de un sistema mundial globalizante ha sido asociado, por lo menos hasta ahora, no con la debacle de la ciudad, sino más bien con procesos de urbanización cada vez más intensos a través de los cinco continentes.

### **El espacio intraurbano**

La discusión anterior identifica la concentración espacial de la producción y la dinámica multifacética, circular y acumulativa de aglomeración espacial y la organización de la actividad humana, como las raíces de uno de los aspectos más importantes del proceso de urbanización. Ahora construiremos sobre esta base para

definir un nuevo aspecto de lo urbano, relacionado con todo lo anterior. Las diversas actividades dentro de las ciudades se despliegan invariablemente en lo que aquí hemos denominado como el *nexo del suelo urbano*, es decir, un mosaico de usos de suelo y localizaciones que interactúan para formar el material esencial del espacio intraurbano (Scott 1980). Es necesario aclarar dos puntos principales para consignar el surgimiento y la estructura de este nexo en las ciudades modernas. En primer lugar, las firmas buscan localizaciones para la producción y los hogares buscan lugares para habitar. Estos comportamientos son estructurados en gran medida a través de mecanismos de mercado que generan precios para la tierra, arbitran sus usos y sustentan patrones distintivos de distribución. En particular, los dueños y usuarios de la tierra (tanto las firmas como los hogares) demandan formas selectivas de proximidad entre sí, a la vez que evitan localizarse en lugares donde experimentarían efectos negativos indirectos y otras consecuencias indeseadas para sus actividades.

Los resultados de este comportamiento espacial son inherentemente problemáticos, ya que la oferta de espacio en cualquier localización

particular es siempre fuertemente inelástica, de tal manera que las preferencias respecto de la proximidad y la evasión (o, alternativamente, acceso y separación) no pueden ser nunca satisfechas por completo. Este tipo de comportamiento deliberado se halla en todos los niveles de ingreso y estatus social, pero la capacidad de agentes distintos para satisfacer sus necesidades y preferencias difieren en relación con su habilidad para pagar.

En segundo lugar, el nexo del suelo urbano es susceptible no sólo a los conflictos locacionales endémicos antes indicados, sino también a otras numerosas disfuncionalidades. La lógica del mercado por sí misma falla en eliminar muchas externalidades negativas, desincentiva la inversión privada en ciertos tipos de infraestructura y servicios necesarios, asimismo es congénitamente incapaz de regular activos comunes. Sin instituciones que implementen planeación y políticas relevantes, estas disfuncionalidades quebrantarían incuestionablemente la viabilidad y la eficiencia de la existencia urbana. Por lo tanto, ciertas agencias fuera del mercado (incluyendo, mas no restringiendo a instituciones formales de gobierno), surgen típicamente para proveer

servicios de administración y guía que permiten mantener el nexo del suelo urbano bajo un cierto orden trabajable y políticamente sostenible.

Estas diferentes fuerzas originan tres principales tipos funcionales de tierra: 1) los espacios de producción de la ciudad donde el trabajo y el empleo están concentrados; 2) los espacios sociales de la ciudad cuya manifestación más clara son los barrios residenciales, típicamente diferenciados por variables como el ingreso, la raza, la clase y 3) los espacios de circulación de la ciudad, que representan la infraestructura y las conexiones arteriales que hacen posible el flujo intraurbano de bienes, personas e información. Con toda certeza, estos fenómenos están marcados por una diversidad e interpenetrabilidad empírica inexorable. Estas variaciones son el origen de los altos niveles de especificidad que caracterizan a las ciudades particulares, pero también pueden ser sistemáticamente identificadas en términos teóricos en razón de sus orígenes en procesos de aglomeración/polarización y su integración espacial dentro del nexo del suelo urbano.

En cualquier caso, a pesar de que gran parte del espacio interno de la ciudad está dividido en unidades de tierra que pueden ser detentadas e intercambiadas

individualmente, esto no significa que el nexo del suelo urbano sea visto como una simple agregación de localizaciones privadas independientes. Las unidades de suelo urbano —en el sentido de localizaciones individualizadas dentro del espacio intraurbano, así como vecindarios o distritos enteros provistos de servicios mediante infraestructura, cuyas características son determinadas por la proximidad y distancia hacia otros usos de suelo— son el resultado de muchas decisiones y acciones previas, tanto particulares, como comunales y políticas.

La aclaración anterior incluye (y va más allá incluso) la noción estandarizada de que el uso de suelo privado genera externalidades o que su producción es resultado de intervenciones públicas frente a fallas del mercado. La naturaleza esencial del suelo urbano es que es, simultáneamente, privado y público, particular y colectivo, y que su estructura y forma son expresión de las dinámicas entrelazadas de la conducta individual de las empresas y los hogares, así como de la acción colectiva por parte de las instituciones de gobierno.

Por último, y en la misma línea de nuestra concepción amplia de lo urbano, resulta cabe distinguir aquí entre dos tipos

de acción colectiva en las áreas urbanas: un tipo, como hemos evidenciado, surge directamente de las dinámicas intrínsecas al nexo del suelo urbano; otro tipo coincide con las situaciones en las que las colectividades locales actúan como agentes en la aplicación de políticas públicas de alto nivel en circunscripciones urbanas concretas. En algunos casos, dichas políticas inciden directamente sobre el nexo del suelo urbano (como ocurre, por ejemplo, con los fondos federales de inversión para el transporte), y en algunos otros están desprovistos de consecuencias urbanas inmediatas (por ejemplo, en la reglamentación que regula el contenido de los temarios de estudio en las escuelas). Muy bien podría ser que, al menos un poco de la difundida perplejidad acerca de los propósitos y las funciones del gobierno urbano (como ha expresado, por ejemplo, Cochrane, 2006) se deba a una imposibilidad de hacer esta distinción crítica.

### **El alcance y los límites de lo urbano**

Este conjunto de *relata* urbano debe situarse en el contexto más amplio de la sociedad en su totalidad, sin embargo, sin fundirlos de tal manera que se pierda lo

que es distintivo de la ciudad. Con seguridad, existe una frontera muy porosa entre lo urbano y muchos otros fenómenos sociales, políticos, económicos y culturales. Así, en este momento de la historia, los procesos de urbanización están fuertemente influidos por las relaciones sociales del capitalismo. De igual manera, en la actualidad las ciudades proveen al capitalismo de una base esencial para su funcionamiento, aunque esta consideración de ninguna manera implica que las ciudades cumplen con este papel de manera automática. Al contrario, las ciudades comúnmente también generan condiciones con impactos negativos en la viabilidad de arreglos económicos, políticos o sociales más amplios.

En vista de estos comentarios, reflexionemos ahora sobre el alcance y los límites de lo urbano, así como sobre los problemas de su definición, tal y como los estableció Castells (1968; 1972). Un punto de partida para lidiar con esta materia es insistir en la distinción entre asuntos que se encuentran *en* las ciudades, pero que no tienen un carácter intrínsecamente urbano, y cuestiones relacionadas con problemas *de* las ciudades, en el sentido estricto en que se formuló antes, es decir, que giran en torno a procesos y fenómenos emanados

directamente de la aglomeración-cum-polarización y de las interacciones dentro del nexo del suelo urbano. Por ejemplo, usualmente existe una gran cantidad de pobres en las ciudades, pero de eso no se sigue necesariamente que todos los aspectos de la pobreza tengan un carácter inherentemente urbano, o que la pobreza sea causada principalmente por la urbanización (Slater, 2013). De hecho, la pobreza es engendrada principalmente dentro de un conjunto de procesos macrosociales, entre los que están involucrados el nivel de desarrollo económico, la estructura general de las oportunidades de trabajo y la disponibilidad de educación y entrenamiento. Dicho esto, un número de condiciones urbanas incuestionablemente agravarían o aminorarían los niveles de pobreza, por ejemplo, en los casos en que ciertos problemas barriales concentrados, como la prevalencia de una cultura de pandillas, influyen en los niveles de desempeño educativo de los niños (Sampson, 2012).

Como corolario, la atención que las políticas públicas presten a estos problemas específicamente urbanos produciría ajustes en los niveles agregados de pobreza, mas no la eliminará de una vez por todas. El auge y la debacle del

mercado inmobiliario en Estados Unidos durante la primera década del siglo XXI es otro ejemplo de la diferencia analítica entre problemas *en* las ciudades y problemas *de* las ciudades. El auge de las hipotecas de alto riesgo no fue causado principalmente por la urbanización, sino más bien por un número de innovaciones en la industria financiera que se dedicaron a extender el crédito hipotecario a hogares de alto riesgo. El concomitante exceso de oferta de capital generó una burbuja de los precios de los activos del sector inmobiliario, por lo que, cuando los rendimientos de las inversiones en este sector empezaron a colapsar, el resultado fue una espiral en descenso del valor de los inmuebles y el abandono de las viviendas. Como consecuencia, una crisis que no era en principio fundamentalmente urbana, se tradujo, subsecuentemente, en términos específicamente urbanos, como se manifestó sobre todo en el deterioro de los vecindarios y el surgimiento de cadenas de externalidades negativas. Estas aclaraciones nos ayudan a rescatar lo urbano, como dimensión de análisis, del eclecticismo (y sus concomitantes fallas en la focalización de políticas) que actualmente mora en el campo de los estudios urbanos.

## Generalidad y diferencia en el análisis urbano

Las ciudades están siempre inmersas en sistemas más amplios de relaciones sociales y políticas a escalas muy diferentes. Estas circunstancias contextuales marcan a los centros urbanos particulares con diversas características distintivas, y dan origen a numerosas variaciones en su forma y función, a través del tiempo y del espacio. Así, algunas ciudades han entrado en una fase posindustrial, otras son centros con actividades manufactureras y artesanales intensivas en el factor trabajo, pero de baja tecnología; algunas otras están localizadas en países relativamente prósperos; otras en países donde prevalece una pobreza rampante; algunas más están insertas en sociedades que son relativamente homogéneas en términos de su composición racial y étnica; otras más en sociedades caracterizadas por una enorme diversidad en relación con lo anterior; otras están sujetas a marcos sociales y políticos autoritarios; hay algunas con tipos de relaciones mucho más abiertas y democráticas; algunas están en el norte global; otras, en el sur global; etc., virtualmente ad infinitum. Podemos

preguntarnos, entonces, ¿este reconocimiento de la enorme variabilidad de la composición de las ciudades, que resulta de circunstancias contextuales diferentes, garantiza una pluralidad de conceptos de lo urbano distintos entre sí?, ¿o podemos resolver el nudo gordiano y revelar un concepto coherente de la ciudad como un objeto de investigación teórica? Hasta ahora, nuestro argumento se ha inclinado fuertemente hacia una respuesta positiva a esta última pregunta, al insistir en que la esencia del proceso de urbanización reside básicamente en el doble estatus de las ciudades como aglomeraciones de actividades productivas y vida humana, que se desenvuelven en redes densas e internamente variadas de usos de suelo, localizaciones y arreglos institucionales/políticos que interactúan.

A pesar de lo anterior, sería un grave error no considerar la variación empírica que existe de una ciudad a otra, especialmente en vista de los contextos sociales enormemente variables que moldean el carácter específico de la urbanización en tiempos y lugares distintos. Cinco variables conceptuales principales parecen ser de particular relevancia en cualquier intento de dar cuenta de la diversidad de las ciudades. Estas variables

se considerarían como las que dan forma a la individualidad de ciudades particulares, sin ensombrecer, sin embargo, la naturaleza general de la urbanización como un modo de integración e interacción espacial. La primera de esas variables se relaciona con los niveles agregados de desarrollo económico, que varían enormemente a través del tiempo y el espacio. Como consecuencia, las ciudades en contextos de desarrollo contrastantes exhiben perfiles ampliamente variables en asuntos como sus bases económicas, su dotación de infraestructura, sus componentes de habitantes ricos y pobres, entre otros. En segundo lugar, las normas que regulan la asignación de recursos también tienen particular relevancia. Una sociedad que asigna recursos mediante los mercados, generalmente lo hará de manera distinta a otra que lo hace a través de mecanismos fuera del mercado, o a través de algún arreglo híbrido, como un sistema de mercado combinado con regulaciones de planeación urbana. Tercero, también debemos tomar en cuenta las estructuras prevalentes de estratificación social, incluyendo las variaciones raciales y étnicas, con una relación particularmente poderosa en la formación de un vecindario, así como sobre otros fenómenos urbanos.

Cuarto, una fuente adicional de diferenciación radica en lo que llamaremos, con un poco de reservas, normas culturales y tradiciones, pues éstas afectan una multitud de prácticas y modos de vida que dan forma al paisaje urbano, incluyendo, una vez más, la formación, evolución y persistencia de los vecindarios. Quinto, las condiciones generales de las autoridades políticas y el poder dejan profundas trazas en el desarrollo urbano de cualquier sociedad en particular. Estas condiciones definen regularmente los alcances del gobierno local y de la autoridad de planeación urbana y, por lo tanto, influyen en el funcionamiento espacial detallado del nexo del suelo urbano, de igual modo, como casi siempre, tienen fuertes implicaciones para la dinámica de la competencia política local. Al mismo tiempo, las condiciones generales de la autoridad política y el poder frecuentemente aparecen de forma mediada en el horizonte (*skyline*) de la ciudad, como en el caso de la monumentalidad imperial que se observa en Londres y París, o el gigantismo soviético, que continúa haciéndose presente en Moscú, o las reliquias feudales que abundan en las ciudades asiáticas, desde Bangkok hasta Pekín.

Dadas las peculiaridades del fenómeno empírico que ocurre en las ciudades, así como la manera en que las variables contextuales antes enumeradas complejizan el sentido de diversidad, las ciudades invariablemente presentan, a primera vista, un asombroso grado de idiosincrasia. En este sentido, resulta poco sorprendente que tantos analistas estén tentados a estudiar cada ciudad como un caso especial, y a insistir en la futilidad y los peligros de una generalización teórica. Este tipo de análisis urbano se complica por la arrogancia —muy de moda en nuestros días— proveniente de la teoría del ensamblaje, la teoría del actor-red y el comparativismo descriptivo, que, como ya se señaló, privilegian la complejidad empírica sobre la generalización teórica dentro del análisis urbano (para un análisis crítico, véase Wachsmuth, Madden y Brenner, 2011). Nuestra argumentación aquí no es que las idiosincrasias empíricas son inherentemente irrelevantes o que carecen de valor (estamos muy lejos de eso). Nótese, sin embargo, que estas idiosincrasias *se vuelven urbanas* a través de los espacios densos, interactivos y polarizantes que constituyen el nexo del suelo urbano. En este contexto, además, ofrecemos el argumento (obvio y añejo) de

que, en cualquier esfuerzo científico, la abstracción teórica de hecho ayuda a los investigadores a revelar la diversidad y la diferencia en los datos observacionales básicos, al mismo tiempo que es un prerrequisito esencial para la construcción de taxonomías empíricas significativas.

En un nivel de análisis, por ejemplo, los suburbios mestizos y negros de París, difieren marcadamente de las comunidades racial y étnicamente distintivas del surcentro de Los Ángeles o de los barrios de Caracas. De manera similar, los vecindarios de clase alta de Londres tienen una apariencia bastante diferente de los de Tokio, que, a su vez son muy distintos a los vecindarios de Gávea o São Conrado en Río de Janeiro. Sin embargo, una vez que observamos, bajo las obvias diferencias empíricas entre estos casos, encontramos mecanismos de segregación fáciles de observar que son resultado de la operación de los mercados de la tierra e inmobiliario dentro del espacio intraurbano.

De igual manera, las respuestas políticas precisas para resolver problemas y predicamentos en cada una de estas instancias individuales seguramente diferirán siempre, pero, de nuevo, en maneras que usualmente pueden vincularse con la dinámica del nexo del

suelo urbano y sus formas genéricas de descomposición y desorden colectivo, que incluyen efectos indirectos negativos, desbalances entre el mercado inmobiliario y el laboral, propiedades abandonadas, congestión, contaminación, deterioro de la infraestructura, conflictos en el acceso al espacio urbano y los bienes públicos, vecindarios socialmente disfuncionales, crecimiento descontrolado y demás.

Recientemente, las tensiones entre lo general y lo específico dentro de la teoría urbana han alcanzado un punto crítico dentro de la floreciente literatura sobre el urbanismo poscolonial y argumentaciones asociadas en el sentido de que las ciudades del sur global contradicen buena parte de la teoría urbana como ha sido formulada hasta el momento. Dicho esto, y aunque tal vez sea tiempo de, como proclama heroicamente Roy (2009), “derribar las paredes de las geografías teóricas”, esta actividad iconoclasta no puede justificarse simplemente porque estas geografías se basan en un “repertorio de ciudades” limitado que excluye mucho del sur global. Estamos enteramente abiertos a la idea de que el análisis de las ciudades en el sur global puede estar necesitado de una reformulación radical dentro de la teoría urbana. Esta

reformulación, sin embargo, no provendrá del hecho de que estas ciudades son empíricamente “diferentes” de las del norte global, sino de alguna revelación hasta el momento insospechada, proveniente del estudio de la urbanización en el sur global, sobre la lógica y el funcionamiento interno de los procesos de aglomeración urbana y las dinámicas asociadas del nexo del suelo urbano.

En una línea similar, la convocatoria a la formulación de un nuevo tipo de teoría urbana que sea “cosmopolita” (Robinson, 2006) y que enfatice la “mundialización” es bastante aceptable por y en sí misma, pero tiene una calidad esencialmente superficial en vista de su falta de especificidad acerca de la génesis y mecanismos básicos de los procesos de urbanización como tales.

En una muy importante y reciente publicación, Sampson (2012) también defiende la noción de que una teoría general de lo urbano es posible y necesaria. Para él, lo urbano se constituye como un sistema de interacciones locales que conforma la conducta individual y colectiva, y estas interacciones pueden, por su parte, agregarse en una visión de la ciudad como una ecología de vecindarios. De manera similar, hemos argumentado que las interacciones intraurbanas —la

cara viva del nexo del territorio suelo— son una dimensión universal y esencial de todas las ciudades, aunque hemos insistido en los aspectos económicos y sociales de estos fenómenos, así como sobre una dimensión crítica añadida de lo urbano: el proceso de polarización y ordenamiento espacial que conlleva a la urbanización misma. Cualquier teoría general de lo urbano debe, en nuestra visión, basarse en ambas dimensiones (interdependientes).

### **Implicaciones para la investigación urbana y las políticas públicas**

Uno de los puntos de partida básicos de este ensayo es nuestra insistencia sobre la necesidad de distinguir entre las dinámicas de la vida social intrínsecamente urbanas y las que serían propiamente vistas como situadas fuera de la estricta esfera de lo urbano, incluso cuando se detecten como materia de ocurrencia empírica dentro de las ciudades. La tarea no es fácil, pero en la discusión previa hemos ofrecido algunas guías para enfrentarla.

Nuestro enfoque enfatiza los procesos generativos y organizacionales comunes subyacentes en la urbanización, y asevera que la variación empírica puede detectarse de mejor manera cuando se

entiende la naturaleza compartida de estos procesos. Esta forma de proceder ayuda a evitar impulsos apresurados de tomar ciertas instancias dramáticas o peculiares del desarrollo urbano (por ejemplo, la deteriorada infraestructura y la violencia de Kinshasa, o los grandes barrios bajos de Mumbai) como evidencia *prima facie* de que se requiere una reformulación de la teoría (Roy, 2011a; comparar con Boo, 2011). Al mismo tiempo, y ésta es ciertamente una parte importante de su poder, nuestro enfoque socava otro tipo de tentación indeseable (mostrada destacadamente en Dick y Rimmer, 1998) en el sentido de que las ciudades alrededor del mundo convergen en un mismo esquema empírico. Nada de esto, por cierto, está dirigido a justificar alguna o todas las teorías de lo urbano que han ido y venido durante el último siglo y más. Hay una gran oferta de teorías defectuosas, y en muchos casos ideas que se desarrollaron en un contexto urbano particular son aplicadas inapropiadamente en otros. En este sentido, como argumenta con justicia Robinson (2006), la aplicación de la teoría de la Escuela de Chicago al estudio de la vida urbana en el Cinturón del Cobre Africano resultó estar severamente viciada.

Estas preocupaciones se vierten directamente sobre cualquier consideración acerca de la relación entre la teoría urbana y la intervención a través de las políticas. La literatura sobre la política urbana ya ha abierto un fructífero debate sobre esta materia al distinguir entre “políticas de lugar” que apuntan a ciudades particulares o partes de ciudades, y “políticas para las personas” que se dirigen a categorías socioeconómicas particulares, independientemente de su localización (Freedman, 2012; Glaeser y Gyourko, 2005; Glickman, 1981). Los analistas de la pobreza urbana, en particular, han debatido vigorosamente esta distinción y han realizado grandes progresos en la identificación de potencialidades y límites de políticas enfocadas en los lugares (como las intervenciones que buscan moderar la concentración espacial o el aislamiento de la gente pobre en ciertos vecindarios) frente a los espacios enfocados en las personas (por ejemplo, las intervenciones dirigidas a corregir factores como la ruptura familiar o el fracaso educativo). Estos problemas están ciertamente lejos de haber sido esclarecidos en su totalidad, y el debate permanece abierto, al mismo tiempo que la investigación continúa produciendo nuevos

resultados acerca de las raíces urbanas y socioeconómicas de la pobreza y la desigualdad (por ejemplo, Sampson, 2012). Aquí, como en cualquier otra parte de este artículo, nuestro objetivo no es tanto identificar todos los detalles de la teoría urbana como existe actualmente, sino aclarar algunas de las condiciones básicas bajo las cuales debe proceder una teorización viable de lo urbano.

En vista de esta aseveración, debemos acotar también que hay muchas aseveraciones claramente exageradas en la literatura relacionadas con el poder de las ciudades para transformar la vida social, en contraposición a transformaciones que son más apropiadamente pensadas como enraizadas en procesos sociales más amplios. Por ejemplo, una buena cantidad de la literatura actual mira lo urbano como la principal fuente de tendencias y movimientos políticos emancipatorios (Harvey, 2012; Soja, 2010). Puede haber pocas dudas sobre el papel de las ciudades, precisamente debido a su tamaño y densidad, como centros de debate político y punto de origen de la protesta popular y la movilización política, y estos asuntos han de figurar destacadamente en cualquier teoría urbana

general. De la misma manera, deben hacerlo conflictos específicamente urbanos sobre asuntos como el acceso a objetos de consumo colectivo en la ciudad, o diferencias inequitativas en el gasto público dirigido al desarrollo de los vecindarios. Empero, la etiología básica de la confrontación política en las sociedades contemporáneas se extiende mucho más allá del dominio de la ciudad en sentido estricto, pues alcanza el núcleo mismo de la vida social en donde residen los mecanismos básicos de la injusticia, la inequidad, la opresión política y otras causas mayores del descontento social.

En consecuencia, no tenemos ninguna duda en caracterizar estas aseveraciones ampliamente difundidas, que tienden a asimilar todas las formas de acción social y política dentro de una totalidad urbana, como casos de un severo sobreabarcamiento conceptual (Purcell, 2006). Incluso en el siglo XXI, cuando, por primera vez en la historia de la humanidad, la mayoría de la existencia social está geográficamente localizada en las ciudades, no toda o ni siquiera la parte más grande de esta existencia puede describirse como *intrínsecamente* urbana.

Amin, A., y N. Thrift (2002), *Cities: Reimagining the Urban*. Cambridge: Polity.

Amin, A., y S. Graham (1997), "The Ordinary City", *Transactions of the Institute of British Geographers*, vol. 22: 411-429.

Bairoch, P. (1988), *Cities and Economic Development*. Chicago: University of Chicago Press.

Black, D. y J.V. Henderson (2003), "Urban Evolution in the USA", *Journal of Economic Geography*, vol. 3: 343-372.

Boo, K. (2011), *Behind the Beautiful Forevers: Life, Death and Hope in a Mumbai Undercity*, Nueva York: Random House.

Bourguignon, F. y C. Morrisson (2002), "Inequality Among World Citizens: 1820-1992", *American Economic Review*, vol. 92, núm 4: 727-744.

Braudel, F. (1995). *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*. Berkeley: University of California Press [1949].

Castells, M. (1972), *La question urbaine*. París: Maspero.

## Fuentes

- Castells, M. 1968. "Y a-t-il une sociologie urbaine?", *Sociologie du Travail*, vol. 1: 72-90.
- Charlot, S., y G. Duranton (2006), "Cities and Workplace Communication: Some Quantitative French Evidence", *Urban Studies*, vol. 43: 1365-1394.
- Childe, G. (1950), "The Urban Revolution", *The Town Planning Review*, vol. 21, núm.1 : 3-17.
- Cochrane, A. (2006), *Understanding Urban Policy: A Critical Introduction*, Oxford: Blackwell.
- Cooke, P., y K. Morgan (1998). *The Associational Economy: Firms, Regions, and Innovation*, Oxford: Oxford University Press.
- Dick, H. W., y P. J. Rimmer (1998), "Beyond the Third World City: The New Urban Geography of South-East Asia", *Urban Studies*, vol. 35, núm. 12: 2303-2321.
- Duranton, G. y D. Puga (2004), "Micro-Foundations of Urban Agglomeration Economies", en J.V. Henderson y J.-F. Thisse, eds., *Handbook of Regional and Urban Economics*, , Ámsterdam: Elsevier, vol. 4: 2064-2117.
- Duranton, G. y M. Storper (2008), "Rising Trade Costs? Agglomeration and Trade with Endogenous Transaction Costs", *Canadian Journal of Economics*, vol. 41, núm. 1: 292-319.
- Farías, I., y T. Bender, eds. (2010), *Urban Assemblages: How Actor-Network Theory Changes Urban Studies*, Londres: Routledge.
- Findlay, R. y K. O'Rourke (2007), *Power and Plenty: Trade, War and the World Economy in the Second Millenium*, Princeton: Princeton University Press.
- Fujita, M. y J.-F. Thisse (2002), *Economics of Agglomeration: Cities, Industrial Location, and Regional Growth*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Freedman, M. (2012), "Place-based Programs and the Geographic Dispersion of Unemployment", Ithaca, N.Y.: Cornell University, Department of Economics (Working Paper).
- Glaeser, E. L., y J. Gyourko (2005), "Urban Decline and Durable Housing", *Journal of Political Economy*, vol. 113: 345-376.
- Glickman, N.J. (1981), "Emerging Urban Policies in a Slow-Growth Economy:

- Conservative Initiatives and Progressive Responses in the US”, *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 5: 492-528.
- Harvey, D. (2012), *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*. Londres: Verso.
- Harvey, D. (1973), *Social Justice and the City*. Londres: Edward Arnold.
- Henderson, J. V. (2010). “Cities and Development”, *Journal of Regional Science*, vol. 50: 515-540.
- Henderson, J.V. y A.J. Venables (2009), “Dynamics of City Formation”, *Review of Economic Dynamics*, vol. 2: 233-254.
- Henderson, J.V. y H.G. Wang (2007), “Urbanization and City Growth: the Role of Institutions”, *Regional Science and Urban Economics*, vol. 37: 283-313.
- Hummels, D. (2008), “Transportation Costs and International Trade in the Second Era of globalization”, *Journal of Economic Perspectives*, vol. 21: 131-154.
- Lefebvre, H. (1970), *La Révolution urbaine*, París: Gallimard.
- Maddison, A. (2001). *The World Economy: A Millennial Perspective*, París: OECD Development Center.
- Mann, C.C. (2011), *1493: Uncovering the New World Columbus Created*, Nueva York: Vintage.
- McCormick, M. (2001), *Origins of the European Economy: Communication and Commerce AD 300-900*, Nueva York: Cambridge University Press.
- McFarlane, C. (2010), “The Comparative City: Knowledge, Learning, Urbanism”, *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 34, núm. 4: 725-742.
- McKinsey Corporation (2010), “Urban World”, en [www.mckinsey.com/urbanworld](http://www.mckinsey.com/urbanworld).
- Michaels, G. F. Rauch y S.J. Redding (2012), “Urbanization and Structural Transformation”, *Quarterly Journal of Economics*, vol. 127, núm. 2: 535-586.
- Park, R.E., E.W. Burgess y R.D. McKenzie (1925), *The City*. Chicago: University of Chicago Press.
- Perec, G. (1974), *Espèces d’Espaces*, París: Galilée.
- Pirenne, H. (1952), *Medieval Cities : The Origins and Revival of Trade*, Princeton: Princeton University Press [1925].
- Pred, A.R. (1973), *Urban Growth and the Circulation of information: The US*

- Urban System, 1790-1840*, Cambridge: Harvard University Press.
- Purcell, M. (2006), "Urban Democracy and the Local Trap", *Urban Studies*, vol. 43: 1921-1941.
- Rankin, K.N. (2011), "Assemblage and the Politics of Thick Description", *City*, vol. 15: 563-569.
- Reades, J. (2010), "The Place of Telecommunications: Spatial Decision-Making by Firms in the Age of Global Communication", Londres: Barlett School, Department of Town and Country Planning, University College, tesis doctoral.
- Robinson, J. (2006), *The Ordinary City: Between Modernity and Development*, Londres: Routledge.
- Renaud, B. (1979), *National Urbanization Policies in Developing Countries*, Washington, D.C.: World Bank.
- Robinson, J. (2004), "In the Tracks of Comparative Urbanism: Difference, Urban Modernity and the Primitive", *Urban Geography*, vol. 25: 709-723.
- Roy, A. (2011a). "Slumdog Cities: Rethinking Subaltern Urbanism", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 35: 223-238.
- Roy, A. (2011b). "Urbanisms, Worlding Practices and the Theory of Planning", *Planning Theory*, vol. 10: 6-15.
- Roy, A. (2009). "The 21<sup>st</sup> Century Metropolis: New Geographies of Theory", *Regional Studies*, vol. 43, núm. 6:819-830.
- Sampson, R. (2012), *The Great American City and the Enduring Neighborhood Effect*, Chicago: University of Chicago Press.
- Sassen, S. (2008), *Territory, Authority, Rights: From Medieval to Global Assemblages*, Princeton: Princeton University Press.
- Saunders, P. (1981), *Social Theory and the Urban Question*, Londres: Hutchinson.
- Scott, A.J. (2011), "Emerging Cities of the Third Wave", *City*, vol. 15: 289-381.
- Scott, A.J. (2001), "Globalization and the Rise of City-Regions", *European Planning Studies*, vol. 9: 813-826.
- Scott, A.J. (1988), *Metropolis: From the Division of Labor to Urban Form*. Berkeley: University of California Press.
- Scott, A. J. (1980), *The Urban Land Nexus and the State*, Londres: Pion.

- Slater, T. (2013), "Your Life Chances Affect Where You Live: A Critique of the 'Cottage Industry' of Neighbourhood Effects Research", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 37 (en prensa).
- Soja, E. (2010), *Seeking Spatial Justice*, Mineápolis: University of Minnesota Press.
- Sonn, J.W. y M. Storper (2008), "The Increasing Importance of Geographical Proximity in Technological Innovation: An Analysis of U.S. Patent Citations, 1975-1997", *Environment and Planning A*, vol. 40, núm. 5: 1020-1039.
- Storper, M. (1997), *The Regional World: Territorial Development in a Global Economy*, Nueva York: Guilford Press.
- Storper, M. y A.J. Venables (2004), "Buzz: Face-to-Face Contact and the Urban Economy", *Journal of Economic Geography*, vol. 4: 351-370.
- Wachsmuth, D., D.J. Madden y N. Brenner (2011), "Between Abstraction and Complexity: Meta-Theoretical Observations on the Assemblage Debate", *City*, vol. 15: 740-750.
- Ward-Perkins, B. (2005), *The Fall of Rome and the End of Civilisation*, Oxford: Oxford University Press.
- Wirth, L. (1938), "Urbanism as a Way of Life", *American Journal of Sociology*, vol. 44: 1-24.
- World Bank (2009), *World Development Report: Reshaping Economic Geography*, Washington, D.C.: The World Bank.
- Zorbaugh, H. W. (1929), *The Gold Coast and the Slum: A Sociological Study of Chicago's Near North Side*, Chicago: Chicago University Press.
- Zucker, L.G. y M.R. Darby (2006), "Movement of Star Scientists and Engineers and High-Tech Firm Entry", Cambridge, National Bureau of Economic Research (Working Paper, 12172), en <[www.nber.org/papers/wp12172](http://www.nber.org/papers/wp12172)>.